

CONCLUSION.

La calma renacia
Poco á poco en el orbe conturbado,
Y del pueblo malvado
En el precito corazon, volvía
El fuego á renacer casi apagado
De su torpe valor: tal carnicero
Tigre que en los hircanos arenales
Fué terror de mastines y zagales,
Tiembra ante el domador como un cordero,
Mas si trémulo acaso ve primero
A aquel que empuña la candente barra,
El instinto feroz recobra luego
Y ceba en el cuitado de ira ciego,
El diente agudo y la cortante garra.

Crüel cuanto cobarde
El pueblo deícida, al ver la guerra
Calmada ya en los cielos y la tierra;
Iba de nuevo brio haciendo alarde,
Y al Redentor divino demostraba
Y con torpe maldad le calumniaba.

Mas, como el gran profeta Galiléo
Nunciado habia al rudo pueblo hebréo,
Que en el tercero dia victorioso
A la vida y al mundo tornaria
Del reino de la muerte tenebroso:
Una falange armada
Del Sumo Sacerdote allí mandada
En su soberbia impía,
Velabá en rededor de aquella tumba
Salud y redencion del Universo;
Que temia aquel príncipe perverso
Maestro en la traicion y en la impostura,
Que en las tinieblas de la noche oscura
El cuerpo de Jesus arrebataran
Los suyos, y á otra tierra lo llevaran.

Ya del tercero dia
La aurora el rubio Oriente coloraba:
Jerusalen dormia

Bajo un manto de nieblas que ocultaba
 Su deicida faz al matutino
 Sol, que el vasto confin circunvecino
 De fulgor y de júbilo inundaba.

Entreabrian las flores
 El cáliz matizado de colores
 Al húmedo rocío;

Entre el ramage umbrío
 De la higuera silvestre, sus amores
 Cantaban los harpados ruiseñores;
 Y nunca en aquella árida comarca
 Que de Bethania hasta Sion abarca,
 Ejemplo de tristísima aspereza;

Mostró naturaleza
 Tan delicioso encanto,
 Tanta hermosura, ni contento tanto.

Mas de pronto en la cumbre aparecieron
 De las cercanas lomas
 Cual banda fugitiva de palomas,
 Unas cuantas mugeres, que torcieron
 El paso hácia el jardin donde se hallaba
 El sepulcro de Cristo: descollaba
 Entre el grupo indefenso una matrona,
 Cuyo pálido rostro, que pregona
 Mas que humano dolor, resplandecía
 Con mas fúlgida luz que la del día:

Y mientras al sepulcro caminaba
 A una hermosa ruina semejaba
 Que al impulso violento
 Del huracán ajada turbulento,
 En la altanera faz del rayo herida
 Aun muestra su belleza enaltecida.

Las otras, que á su lado presurosas
 Caminan, de sustancias aromosas
 Y gomas delicadas
 A embalsamar el cuerpo preparadas,
 Cargadas van, y á su dolor se mira
 Que dá alguna templanza
 La animadora voz de la esperanza.

Mas súbito en la calma que respira
 La dormida region, un trueno ronco
 Como de gran temblor los aires hiende:
 La losa del sepulcro se desprende
 Como impelida de robusto brazo,
 Y al rudo estruendo, bronco,
 Los guardias semimuertos de pavura
 Unos sobre otros ruedan al ribazo
 Los rostros contra el suelo,
 En redor de la eterna sepultura.
 Y las santas mugeres, cuyo celo

Y acrisolado amor no abandonara
 A Jesus, ni aun al mismo pié del ara;
 Retroceden ahora temblorosas,
 Temiendo repetidas
 Ver aquellas escenas espantosas
 Nunca en el bajo mundo sucedidas,
 Que acompañaron el postrer momento
 Del sumo imperador del firmamento.

Pero un ángel divino
 Cuya inmortal, flotante vestidura,
 Escedia en blancura
 A la nieve que el ábrego amontona
 En la cumbre, del Líbano corona,
 Al sol iluminada matutino:
 Sentado del sepulcro en la ancha losa,
 Con voz cuanto benigna, cariñosa,
 A las santas mugeres animaba
 Y á penetrar en él las convidaba.
 “ No temais, les decia:
 “ Sé que buscáis al hijo de MARIA
 “ Que fué crucificado;
 “ Mas aquí ya no está: como lo habia
 “ Dicho ha resucitado
 “ Al alba pura del tercero dia:
 “ Llegad, y ver podeis donde pusieron
 “ Al Señor, los que aquí le condujeron. ”

Y las santas mugeres se acercaron,
 Y en el sepulcro entraron,
 Y las fajas de mirra perfumadas,
 Y el sudario vacío, penetradas
 De pasmo y alegría contemplaron.

Mientras Miriam sentada en el nudoso
 Tronco de un viejo olivo que se alzaba
 No muy lejos de allí, su rostro hermoso
 De admiracion radiante y alegría,
 Con un jóven del pueblo conversaba
 En voz que apena el aire percibia.
 Aquel que el tosco trage revestia
 De un pobre labrador, era el eterno
 Triunfador del pecado y del infierno:
 El redentor, que al mundo
 Un instante volvía
 Desde el fondo del bátratro profundo!
 —Miriam en sus entrañas maternas
 Probó entonces tal suma
 De júbilo y placeres celestiales,
 Que describirlo no es de humana pluma,
 Ni contarlo de lenguas terrenales;
 Ni pudieran los míseros mortales
 Sentirlo ni aun en parte reducida
 Sin perder con el júbilo la vida.

Cuando cuarenta soles transcurrieron,
 Salió Jesus de la ciudad, seguido
 De aquellos que en su amor ha preferido;
 Y juntos dirigieron
 Sus pasos de Bethania á las alturas;
 Allí de dó descubren las llanuras
 De Jericó, y las aguas estancadas
 Del muerto mar, y las corrientes puras
 Del Jordan apacible, sus pisadas
 Detuvo la piadosa comitiva.
 Y allí por vez postrera
 La fuente de agua viva
 A raudales brotó libre y fecunda,
 La creâcion entera
 A rescatar de servidumbre fiera,
 De aquel que en el error su imperio funda.



LA ASCENSION.

Las últimas miradas
 Fijas aun en los que atrás se deja,
 Las manos levantadas,
 Bendice y aconseja
 La amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento
 Como se va en los aires elevando,
 Suavísimo concento
 Del cielo fué bajando,
 Montañas y llanuras alegrando.